

CÓMO NACER DE LA MUERTE

(Palabras de Gustavo Buntinx en la presentación de Palos secos, libro y video de Cecilia Noriega-Bozovich, en el Museo de Arte Contemporáneo Reina Sofía de Madrid)

“Darle forma a imágenes que camuflaba en las palabras.” La frase suelta de Cecilia Noriega-Bozovich opera como un arte poética para todas las franjas de la obra múltiple que hoy nos presenta. Su poesía, ciertamente, pero también los cuadros, el video, las fotografías.

Nada más demostrativo al respecto que el uso paradójico del caligrama, la palabra vuelta imagen, como en la aglomeración copulante de las letras en la palabra “separación”, contradiciendo con una sobrecarga de erotismo (también de frustración) el sentido aparente, el sentido alfabético de los vocablos.

Pero también, al otro extremo, el disloque lacerante de las palabras. A veces literal y casi didácticamente, como en el desorden tipográfico de la palabra ORDEN (“nuevo orden”, nada menos). Otras veces perversa y eróticamente, como en el masoquismo tierno de los paréntesis que desligan una “r” final para distinguir y exaltar la presencia gráfica, pero también semántica, del AMO en la palabra AMO(R).

Presencia gráfica pero también semántica. Sentido y sentidos textualmente desarticulados en aquel verso que explícitamente reza

“te fracturó el A O
 m
r”,

con las letras de la última palabra dispersas sobre la hoja como si de un pentagrama se tratara.

Un pentagrama. Hay una musicalidad buscada, una armonía de sanación que rime y anule aquel canto hermoso y maléfico del Tunche con el que “todos se envenenaron”, en las palabras del obispo Garatea recogidas por el video de Cecilia. Envenenaron y sedujeron: la sogá silábica de estos versos remite a aquella “soga de los muertos” que da nombre quechua al ayahuasca, el brebaje alucinógeno y el canto hipnótico del chamán que te acompaña por ese viaje psicopómpico hacia los espacios liminares de la muerte. Que son también los de la vida. Nótese la presencia a la larga determinante de metáforas entrelazadas de nacimiento y extinción, de desprendimiento y retorno al cuerpo

conmovedoramente pintados sobre cartulina. La miasma y la materialidad primera, primaria, primordial, de entre cuyas texturas sucias y untuosas pugna por configurarse una forma reconocible, un habla recuperada. “Darle forma a imágenes que camuflaba en las palabras”. La búsqueda del Tunche como la búsqueda deliberada del mal y de su antídoto en un espacio físico que es también psíquico.

“Para qué vas a Pucallpa a buscar el Tunche, si el Tunche lo llevas dentro”, le dice a Cecilia el padre (el Padre), y ella lo (re)cita. Tal vez la fractura decisiva de estos versos sea la más simple y evidente, el hiato y la mayúscula impuestos a la primera personal plural para revelar también en ella –paradigmáticamente en ella– la alteridad perpetuamente inscrita en cualquier signo de pertenencia mutua: “Nos Otros”.

Pliegues de sentido verbal en que los poemas invierten los pliegues pictóricos del pigmento desbordado sobre los cuadros. Lo que en ambos casos asoma, como asoma en la imagen sibilante del Tunche, es la sombra de lo Real. Una categoría a ser entendida en términos lacanianos: aquello que no puede ser simbolizado porque precede al habla, y por lo tanto impide la significación. Lo Real así aludido no remite a la historia y lo social sino a lo informe y precultural. Es el reino no del objeto –mucho menos del sujeto– sino de lo abyecto. Una presencia informe y corrosiva que no puede ser representada o simbolizada, y más bien actúa como el negativo mismo de lo simbólico. El reverso de la historia, corroída por los ácidos más letales y fluidos de una psique regresiva. “La fantasía retroactiva de una etapa previa durante la cual nuestro cuerpo estaba aún hecho pedazos”, escribe Hal Foster: “la fantasía de un cuerpo caótico, fragmentario y fluido, entregado a las pulsiones que siempre amenazan con desbordarnos”. Como la selva misma, aquel lugar donde todo se pudre y todo se regenera.

La selva se ha prestado siempre a imágenes fáciles de sexualización elemental. El trabajo de Cecilia nos permite atisbar en ella una sexualidad mucho más compleja y primordial al mismo tiempo. La selva como la gran cloaca del Perú, la cloaca madre. El término es particularmente preciso: tal como la Real Academia nos recuerda, “cloaca” no es tan sólo el conducto por donde van las aguas sucias o las inmundicias, sino también aquella porción final del intestino, ensanchada y dilatada, en la que ciertas especies combinan las funciones excretorias y reproductivas. Los esfínteres y los genitales.

Lo excrementicio y lo fecundante en una sola concha, en una sola cocha: esas lagunas entre paradisíacas y repugnantes en que se estancan las aguas crecidas de los ríos amazónicos cuando éstos se adelgazan dejando sobre las riberas el residuo devastado de sus expansiones. Los palos secos que desde el título mismo de este libro y de este video nos hablan de la felicidad extinta, de la falcidad marchita. “Flotan palos secos en mi cocha”, es quizá una de las metáforas culminantes del poemario que nos convoca. Pero

(FIN)